





ISABEL MARÍA ABELLÁN

**LA LÍNEA
DEL HORIZONTE**



La Fea Burguesía
— EDICIONES —

MURCIA, 2018

La editorial es consciente de la necesidad
de los recursos naturales para consumir cultura
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.

Así pues, por la impresión de este libro,
ha plantado un madroño (*Arbutus unedo*)
en el paraje de El Horno en Cieza (Murcia)



“La línea del horizonte”

© Isabel María Abellán, 2018

© La Fea Burguesía Ediciones, 2018

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

www.lafeaburguesia.es

Diseño cubierta y maquetación: Fernando Fernández Villa
Imagen cubierta:

Primera edición: marzo de 2018

IBIC: FA

ISBN: 978 84 947994 2 6

Depósito legal: MU 259-2018

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra

ÍNDICE

Introducción a la presente edición	9
Primera Parte	
Un largo viaje en el tiempo	17
Segunda Parte	
El mar se llenó de ausencia	99

Para mis alumnos de Albaterra.
Por su cercanía y su interés
en aprender siempre más.
Y por hacer que mi deseo
de disfrutar enseñando Historia
fuera mucho más que un sueño
hecho realidad

[Decía un aforismo romano
que no conoce su identidad
el hombre que ignora su pasado]

INTRODUCCIÓN A LA PRESENTE EDICIÓN

Albatera, una mañana fría de otoño. Todavía no existía el nuevo instituto. Los profesores impartíamos clases en un antiguo colegio que se llamaba *Veinticinco Años de Paz*.

No estoy segura, pero creo que aquella era una de las primeras clases de la mañana. Lo que sí recuerdo perfectamente, a pesar de todos los años transcurridos, es el rostro de cada uno de aquellos alumnos, incluso cómo eran en aquel momento. Lo recuerdo todo. Salvo sus nombres. Mi incapacidad para recordar nombres es un problema congénito, no es algo sobrevenido por la edad. Recuerdo también mi felicidad por poder impartir clases de Historia a un grupo de alumnos excelentes de tercero de BUP. Aquel nivel correspondería hoy a Primero de Bachillerato. Pero estoy hablando del año 1989. Yo había aprobado la oposición para ser profesora de Bachillerato en 1985. Era por lo tanto una profesora muy novata, y muy entusiasta. Estaba haciendo realidad lo que me prometí cuando cumplí trece años:

“De mayor seré profesora de Historia. A ver si así me entero de algo”

Porque en la infancia de cualquier persona de mi edad era imposible entender nada sobre aquella cosa extraña que fue la Guerra Civil y lo que vino después. De eso no se hablaba. Bueno, un poco sí. Yo me formé en un colegio de religiosas y nuestra hermana tuto-

ra nos instaba a rezar por la pronta santificación de aquel gran hombre que fue el general Franco.

“Pronto lo veremos en los altares.”

Pues bien, en aquella mañana fría de otoño con la que he iniciado esta introducción un alumno levantó la mano.

—Profesora, no se lo tome a mal, le hablo en nombre de toda la clase. Apreciamos mucho el entusiasmo con el que explica la materia. Pero todos nosotros somos alumnos de ciencias y no entendemos por qué tenemos que cursar una asignatura que no nos va a servir para nada.

No reaccioné. No supe, no pude. No sé. Me quedé muda, sin argumentos. Los alumnos debieron sentirse mal al verme en aquel estado.

—No es usted, que pone mucho empeño en lo que hace. Somos nosotros. A ninguno nos interesa la Historia. ¿Para qué la queremos? No sirve para nada. No nos interesa lo que ya sucedió. Es eso, profesora, no es culpa suya.

Ahora que ya han pasado muchos años me pregunto con inquietud si acaso aquellos jóvenes estudiantes no tenían demasiada razón. Pero en 1989 todavía creía que si aprendíamos historia, y lo hacíamos bien, evitaríamos cometer de nuevo los errores del pasado.

No puedo evitar este pesimismo cuando leo en la prensa que alumnos de distintos institutos quedan los fines de semana para darse palizas. ¿Por qué? Porque unos son de extrema derecha, otros de extrema izquierda. En momentos así, o en otros, como en los repetidos casos de corrupción política, o en el desprecio de nuestro actual gobierno de la Nación por la Ley de Memoria Histórica a la que dota con cero euros, en momentos así, repito, no puedo evitar recordar las palabras de aquellos alumnos: *la Historia no nos sirve para nada*. Nos proporciona mucha cultura, de acuer-

do, pero lo cierto es que no nos ayuda a superar ningún error. Sobre todo si nos impiden investigar negándonos una financiación necesaria. Porque desenterrar nuestro pasado reciente es incómodo para muchos, y muy caro. Se necesitan equipos de arqueólogos, médicos forenses. Hay que hacer muchos análisis de ADN para poder identificar los cientos de cadáveres amontonados en fosas comunes. Y es increíble cuántas hay en toda nuestra Geografía y qué pocas se han podido excavar.

Pero en 1989 no me di por vencida. Había asistido semanas antes a un Congreso en Alicante sobre el interés pedagógico de aplicar la Historia Oral a la enseñanza de nuestra materia. Les propuse a mis escépticos estudiantes que entrevistaran a sus abuelos y abuelas. Que les preguntaran cómo fueron sus vidas en su juventud. Los abuelos de mis alumnos de 1989 fueron jóvenes en la España de la Segunda República.

Es muy difícil reducir a palabras lo que aquella experiencia supuso para todos. Quizá este detalle sirva como ejemplo. Una mañana un alumno me entregó su libreta y me dijo:

—Mi abuelo le ha escrito una nota.

Era una bellísima carta de agradecimiento escrita a lápiz y con una caligrafía infantil. En esa carta el abuelo me daba las gracias por aquel trabajo que había logrado, no sólo que su nieto se sentara a hablar con él por primera vez, sino que se interesara realmente por las cosas que él le contaba.

Cuando llegué a mi casa lloré emocionada. Nuestros mayores se nos van y dejamos que se marchen con toda la sabiduría que llevan dentro. No apreciamos todo lo que nos pueden enseñar. Aquel año aprendí más Historia sobre la España de siglo XX que en todos mis años, no sólo de colegio e instituto, sino también de Facultad, porque el catedrático que nos impartía la

asignatura de Historia Contemporánea de España se negó a explicarnos el siglo XX alegando que el nuestro era un grupo muy politizado.

Así que mi ilusión de los trece años voló hecha pedazos por los aires. Seguí sin saber nada de aquella parte oscura y silenciada de nuestro pasado. Aquel profesor negligente pronunció aquella frase terrible en el año 1984, éramos alumnos de quinto año de carrera.

Pero cinco años después, los abuelos y abuelas de mis alumnos me regalaron una clase magistral de Historia.

En el prólogo que escribí para mi libro *Isidro* explico cómo encontré los planos del Campo de Concentración de Albaterra y cómo aquel descubrimiento me llevó a escribir para mis alumnos de la promoción 1989-1991 *La línea del Horizonte*, que se publicó por primera vez, en el año 2000, por Ediciones Osuna, por segunda vez, en 2009, por Ediciones Irreverentes. Y ahora, gracias a La Fea Burguesía Ediciones, por tercera vez.

En esta ocasión he podido dedicar un tiempo importante a revisar las anteriores ediciones. Creo que la presente edición, que respeta íntegramente el texto de la primera, mejora sustancialmente gracias a las correcciones que he podido hacer.

El lector más joven se sorprenderá posiblemente cuando observe que los protagonistas de este libro utilizan pesetas y no euros, cabinas telefónicas y no móviles. Los que como yo sean cartageneros se quedarán bastante extrañados con la descripción que hago de Cartagena. Pero es que *La Línea del Horizonte* se fue haciendo durante la década de los noventa y en aquel momento todo era bastante diferente.

Elegí el formato de novela y no el de ensayo, como me propusieron mis profesores de la Facultad de Historia, por dos razones:

1. Porque desde muy niña he disfrutado mucho escribiendo relatos cortos. Escribir me salva literalmente la vida. Esto es algo muy personal.

2. Este segundo motivo es muy importante. El libro lo inicié pensando en mis alumnos, en los de entonces y en los de ahora. Tenía que ayudarles a entender que la Historia podía ser interesante e incluso útil. Pensé que era mucho más pedagógico y ameno para un estudiante, y para cualquier lector (si se sabe hacer bien), leer una novela que un ensayo. Aunque como en todo hay excepciones.

Mis dos únicas novelas hasta la fecha: *La Línea del Horizonte* e *Isidro*, son novelas históricas en las que una parte de la acción transcurre en el mismo lugar: El Campo de Concentración de Albaterra. Ambas están basadas en hechos reales. Pero no se parecen en nada. En los años noventa mis profesores no me pudieron ayudar porque no se sabía nada sobre la existencia de campos de concentración al finalizar la Guerra Civil Española. En aquellos primeros años noventa la represión franquista apenas existía, ni el exilio, ni las fosas comunes. Nada. Todo era una cuestión de transmisión oral.

En el año 2009, cuando conocí a Isidro, la situación había cambiado. De hecho nos conocimos en el transcurso de unas Jornadas que se vienen realizando desde el año 2008 sobre El Campo de Concentración de Albaterra. Tienen lugar en el municipio que se creó en los años cincuenta del siglo pasado en las inmediaciones de ese triste lugar. Se rinde en ellas homenaje a todos los hombres que sufrieron aquella brutal represión. Pero bastantes años antes de que nacieran estas Jornadas, normalmente durante la primavera, en torno al 14 de abril y más especialmente ese día en el que se proclamó la Segunda República, en el lugar exacto donde estuvo el Campo de Concentración, se

agrupaban doscientas, trescientas personas, a veces muchas más. Llegaban desde todos los puntos de España. Unos eran supervivientes del Campo de Concentración, otros, familiares, amigos. Fueron estas concentraciones espontáneas las que dieron origen a estas Jornadas.

El actual alcalde de esta localidad, Francisco Damián Sabater Culiañez, que, curiosa coincidencia, se llama San Isidro, como el protagonista de mi segundo libro, me explicó que en el año 1941 el General Franco declaró el lugar zona devastada y ordenó que las máquinas excavadoras destruyeran cualquier rastro de lo que allí sucedió. En el año 1956 se entregó la primera llave de aquel municipio de nueva planta que quedó vinculado a la ciudad de Albaterra hasta los primeros años noventa en los que consiguió su independencia. Con todo esto se pretendía, entre otras cosas, enterrar para siempre el recuerdo de lo que sucedió allí al terminar la Guerra.

En una de las presentaciones que he hecho de la novela *Isidro* he seguido descubriendo muchas más cosas. El hallazgo que seguidamente voy a relatar tuvo lugar en junio de 2016 en el Ateneo Republicano de Orihuela. Cuando terminé de firmar libros, un señor se acercó a mí y me explicó que su padre, uno de los primeros colonos de San Isidro, durante mucho tiempo, mientras araba la tierra con su tractor, extrajo numerosos restos humanos desperdigados por toda la zona. Como él, otros colonos.

Se intentó imponer el olvido de muchas formas. Pero no siempre funcionó.

Isabel María Abellán
Febrero 2018

Primera parte

UN LARGO VIAJE EN EL TIEMPO

Durante aquellos días él no existió fuera del mar, se sentía integrado en su inmensidad, desde el alba hasta el ocaso, incluso durante la noche. Pero a pesar de su insistencia sólo recibía como respuesta el silencio y apenas un rumor leve, el del agua al salpicar en la bocana del puerto.

El mar se abría entero y lo invitaba a entrar, pero él negaba con la cabeza y seguía escrutando el horizonte. Las horas transcurrían con desgana y mezclada con el murmullo del viento le llegaba una canción que hablaba de olvidos, de tristes despedidas, de amores partidos. Cerraba entonces los ojos durante un instante, sentía que le escocían los párpados, era el cansancio, demasiadas horas de vigilia, pero no se concedía descanso, pronto volvía a la tarea y de nuevo recorría con la mirada la extensa línea del horizonte.

Otra vez estaba a solas con el silencio y con el breve e imperceptible chasquido del agua al salpicar en las mudas piedras del puerto

Alicante, 1 de abril de 1939

I

Llevaba más de cuatro horas conduciendo. No había hecho ni una sola parada, y eso es muy raro en mí. Cuando no conozco la carretera me canso mucho, hago muchos altos en el camino, para beber agua, repostar, o sólo respirar un poco y estirar las piernas.

Aquella mañana cuando entré en el coche estaba agotada, no había dormido casi nada, me desperté dos o tres veces y al final, a las cinco, ya no volví a coger el sueño. Me quedé pensando con los ojos abiertos, la luz apagada: ¿Qué me pasa? Recordé entonces las últimas horas del día anterior:

Llamé a Ana desde el trabajo.

—Estoy cansada ¿Nos vemos al salir y tomamos algo por ahí?

Quedamos en la Plaza de Santa Catalina, está llena de bares repletos de gente y de tapas. Quería bulla, me apetecía sentir un poco de calor humano. El problema con Ana es que siempre necesita hombres, busca sin cesar, como si no hubiera aprendido, después de tantos años, que su hombre ideal no está en ninguna parte. Al final siempre me dice lo mismo:

— No es lo que yo buscaba.

Aquella noche, las cosas empezaron a enredarse. Entramos en una tasca llena de humo y olor a aceite quemado.

—¿Nos vamos a otra? —le dije.

—No, nos quedamos aquí. Me gusta el ambiente.

El bar estaba lleno y entre la muchedumbre agolpada en la barra o apretujada en torno a una mesa demasiado pequeña había muchos hombres, de nuestra edad, treinta y tantos.

—Seguro que están casados —avisé— o tienen novia, y si no, ya sabes, son raros, les pasa algo.

—Me da igual, esta noche necesito compañía masculina.

Nos sentamos en un rincón, al final de la tasca. Empezamos a hablar y a reírnos. Ana me quería contar cosas de su último viaje y siempre me río porque disparata cuando recuerda y a mí, aquella noche, me hacía bien el disparate. De pronto Ana me dio un codazo.

—No mires pero acaba de entrar.

—¿Quién?

— Tu ex. Viene con otros dos. Seguro que nos ve, disimula.

Cinco años, acumulados uno sobre otro de nada. Cinco años echados a perder supongo que por culpa mía, por no pararme a pensar, por dejar que me venciera la costumbre, por no irme de una vez y decidir empezar a vivir. Cinco años malgastados por creer que mi destino era el suyo y al final, se cruzó una rubia en nuestro camino y él se fue detrás. Me quedé rota, repitiéndome una y otra vez ¡Qué tonta eres! ¡Qué tonta eres! Pero todavía después fue peor. La rubia lo dejó a él o él a la rubia, no lo sé. Volvió, se arrodilló, pidió perdón. Me quedé pensativa. Había habido tanta mentira asumida en aquellos años, olía mal aquella relación.

“Déjame pensar” le dije. Pero mientras eso decía él buscaba con las manos el cuerpo aprendido de me-

moria, los labios besados mil y una vez. Al final todo se vuelve rutina.

—¡Qué dulces son tus besos! ¿Quién te ha enseñado a besar en este tiempo?

Nadie, necio, es sólo la necesidad, la falta de cariño. Ya no te quiero, tonto, pero necesito unos brazos que me arrullen y creer que esto no es otra vez mentira, otra vez la vieja rutina recuperada.

Quise ser sensata y le dije que nunca cometería dos veces el mismo error. Después, fui ridícula y le dejé, mientras tanto, mi cuerpo. Aquello fue un mal precedente. Hubo otros encuentros al amor de la noche, pero nunca nos sorprendió el día. Es fácil hacer las cosas así, sin comprometerse. El desengaño cuando viene, porque tiene que llegar, duele menos.

Finalmente nos vieron, se sentaron en nuestra mesa, él a mi lado, muy cerquita su boca de mi oreja, susurrando en ella palabras que ya sabía de memoria. Es tan fácil a veces dejarse engañar. Pero aquella noche me pasó algo nuevo. Sentí de pronto que estaba harta de tejer mi propia mentira, noté que el vacío que me rodeaba era muy hondo y mi mente voló hasta mi hogar. Fue la primera vez en tantos años que deseé estar de vuelta, abrir la puerta de mi casa y oír la voz de mi padre:

—¿Eres tú? Pasa cariño.

Quería irme allí donde siempre me supe querida sin tener que hacer nada especial.

Miré a mi alrededor y dije.

—Tengo que hacer una llamada.

Carlos se levantó y yo salí fuera. En la tasca había teléfono pero con el ruido no se iba a oír nada. Busqué una cabina, vi una al otro lado de la plaza. Mientras caminaba busqué el monedero en el bolso, saqué monedas, no todas las que yo hubiera desea-

do porque aquella noche necesitaba hablar, oír sus voces, pero sí tenía las suficientes para tranquilizar mi nostalgia.

—¿Quién es?

La voz de mi hermana era somnolienta, miré, rápida, el reloj, eran las once.

—¿Estabas durmiendo?

—¿María, eres tú? Oye ¿te pasa algo?

—No, sólo quería hablar un rato ¿estáis todos bien?

—Sí, estamos bien, es que nunca llamas, he pensado que a lo mejor estabas enferma.

—¿Está bien papá?

—Sí, está oyendo música clásica en su despacho. No ha cogido el teléfono porque tiene los auriculares puestos.

—¿Sabes algo del tito?

—Pues no, desde que salió del hospital no hemos ido a verlo.

—¡Salió hace un año! ¿No habéis ido a verlo ni en Navidad?

—No... No hemos ido, tampoco has ido tú, te fuiste a París. Además vino a verme Daniel, tenía que estar con él, sólo lo veo de vacaciones en....

—Pero Alicia, desde que murió la tita nadie cuida de él.

—Bueno ¿Y por qué no te vienes tú a cuidarlo?

—Porque vivo lejos y qué se yo, porque también hago mi vida y no pienso en los demás. Pero tú estás sólo a media hora.

—Tampoco yo pienso en los demás

El teléfono empezó a pitar, se acabaron las monedas.

—Alicia, se corta el teléfono. Muchos besos a todos. Adiós.

Colgué y apoyé la frente en el depósito de las monedas. Alguien carraspeó detrás. Me aparté.

—Lo siento, no me había dado cuenta.

—No pasa nada —dijo el desconocido.

Caminé sin rumbo, salí de la plaza y llegué sin proponérmelo hasta Gran Vía. El claxon de un coche me despertó. Volví a la tasca y me despedí de todos.

—¿Por qué te vas tan pronto? —Carlos me acariciaba el brazo, era su forma de prometerme que luego vendría a hacerme compañía.

—He llamado a casa. Mi tío Antonio está enfermo y está solo. Tengo ganas de coger la cama, no me encuentro bien.

Salí y volví paseando. La calle estaba llena de gente y yo quería caminar.

¡Casi un año sin que nadie de la familia hayamos ido a verlo! Hace más de un año estuvo mucho tiempo hospitalizado. Ya es mayor, cumplió el invierno pasado ochenta y cinco años. Mi tía, su mujer, murió de repente. Estaba muy delgada, se resbaló una noche al levantarse de la cama para ir al cuarto de baño. Murió al amanecer. Mi tío cayó entonces gravemente enfermo. Lo llevamos al hospital, le fallaba el corazón, le pusieron un marcapasos. Volvió a recaer, esta vez estaba mucho más enfermo, quería irse con ella. Estuvo muchos meses ingresado, quería morirse pero el corazón latía con fuerza gracias al marcapasos. Fue entonces cuando me llegó la beca para irme a París. Desde allí telefoneaba todos los días, temía lo peor. Un mes más tarde los médicos, supongo que hartos de no encontrarle nada, lo dejaron marchar. Yo me relajé: “Está bien, todo vuelve a la normalidad”. Y no caí en la cuenta de que su normalidad al irse ella se había acabado para siempre.

Aquella noche me desperté angustiada. Me había dormido profundamente y no entendía, de pronto, aquel sudor frío. El cansancio me venció pero me desperté de nuevo dos veces más con la misma sensación. Al final, con los ojos muy abiertos, pero sin querer encender la luz para que nada me distrajera, intenté recordar por qué me encontraba en aquel estado. Regresé mentalmente a la tasca en la que cenaba con Ana y me sentí contenta por no haber mendigado el cariño de Carlos. Pensé luego en lo que había hecho durante el día. De pronto me incorporé en la cama, había recordado la conversación telefónica con mi hermana. Un abismo de vergüenza se abrió en mi interior. Encendí la luz y empecé a hacer la maleta.